atrevidos vuelos. Pero es claro que ambas doctrinas, fundadas en conceptos parciales del Arte, son erróneas por exclusivas, y que si aisladamente son incapaces de explicar la bella producción artística, unidas se completan y rigen de modo racional esta producción. Es incuestionable que el artista, al reproducir la naturaleza, lo hace siempre conforme la perciben y sienten sus propias facultades (facultades que constituyen su propia individualidad en el Arte), y que en esta reproducción se encuentra un elemento ideal inexcusable.

CAPÍTULO III

FIGURAS DE PENSAMIENTO

SUMARIO.—**I**: 141. Figuras de pensamiento; definición y división.—142. Figuras descriptivas: descripción y enumeración simple y compuesta; ejemplos.—**II**: 143. Figuras lógicas: antítesis, concesión, epifonema, expolición, gradación, paradoja, semejanza, sentencia, prolepsis y transición; ejemplos.—**III**: 144. Figuras patéticas: apóstrofe, conminación, deprecación, exclamación, corrección, hipérbole, histerología, optación, prosopopeya, reticencia, imposible, interrogación; ejemplos.—**IV**: 145. Figuras oblicuas ó indirectas: alegoría, alusión, atenuación, dialogismo, dubitación, ironía, parresia, perífrasis y preterición; ejemplos.—146. Importancia y significación literaria de las figuras de pensamiento; regla.

I

141. Llámanse *figuras de pensamiento* á ciertos giros especiales que éste ofrece, y que afectan no sólo á la *forma* en que se expresan, sino también y principalmente al *fondo* ó *idea* que contienen. Algunas de estas figuras se refieren manifiestamente á los *tropos*, como luego veremos; pero el mayor número no tiene de *figuras* (lenguaje figurado), más que el nombre genérico que las designa, siendo sólo *formas* comunes del pensamiento literario, determinadas por la *imaginación*, el *raciocinio*, la *pasión* ó la *intención* más ó menos franca ó encubierta del autor. De aquí se deriva la clasificación de estas llamadas figuras en *pintorescas*, *lógicas*, *patéticas* y *oblicuas*. Las *pintorescas*, llamadas también *descriptivas* se emplean para dar á conocer los objetos; las *lógicas*, para comunicar simples raciocinios; las *patéticas*, para expresar los afectos del ánimo, y las *oblicuas* ó *indirectas*, para encubrir ó disimular ciertas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

ideas ó sentimientos, cuando así conviene á nuestros propósitos.

A las descriptivas pertenecen:

142. La *descripción,* que consiste en individualizar las propiedades de un objeto, de tal manera que nos parezca estarlo viendo, y no que leemos ú oímos su descripción. Se divide en *topografía, prosopografía, etopeya, carácter* y *cronografía,* según que se describe un sitio ó paisaje, una persona (física ó moral), ó una época del tiempo. Ejemplos:

Húndense entre las nieblas las montañas;
de las sonantes cañas
sólo quedan en pie secos rastrojos:
los campos antes de verdor cubiertos,
deshojados y yertos,
de la vida de ayer son hoy despojos.
Silba el viento en los árboles desnudos;
de los pájaros mudos
ninguno el vuelo á levantar se atreve,
y los calientes, amorosos nidos,
del tronco desprendidos,
ruedan entre carámbanos de nieve.
El sol cruza el inmenso firmamento;
tibio y amarillento
quiebra su luz en el cristal del río,
y del monte, los valles y cañadas,
las hojas arrancadas
son juguete del viento en el vacío...

Fuera de este último rasgo que es impropio, y de algún otro que aparece estudiado, los demás son felices; y cualquiera que lea ú oiga esta descripción, se figura en la fantasía el paisaje de Invierno, que la distinguida poetisa mexicana, Laura Méndez, pintó con tan vivos colores.

Cervantes hace una descripción de sí mismo en el «Prólogo de las Novelas», en los siguientes términos:

Prosopografía.

«Este que veis aquí, de rostro aguileño, el cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha,* y del que hizo el viaje del Parnaso, á imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra; fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.»

Todos los buenos autores se distinguen por sus bellas descripciones. Véase la siguiente *cronografía* de Virgilio en su «Eneida»:

Era la noche y hora en que los astros
están en la mitad de su carrera,
y los mortales en el orbe todo,
rendidos del trabajo á la fatiga,
de plácido reposo disfrutaban.
El viento no agitaba las florestas,
el turbulento mar estaba en calma,
y en silencio los campos. Los ganados
y las pintadas aves, así aquellas
que moran en las lánguidas lagunas,
como las que se albergan en terrenos
erizados de espesos matorrales,
en los brazos del sueño sus amores
olvidaban, y el hombre sus cuidados:
¡alto don de la noche silenciosa!
No así Dido infeliz, etc.

Este poder de presentar á los ojos el objeto descrito, sólo pertenece al verdadero artista. En la descripción moral de un personaje (etopeya ó retrato), hay que evitar

el demasiado estudio, esto es, el que sea muy recargado. Es el defecto del siguiente que hace Masseras de Maximiliano:

> Cualidades exteriores de verdadero atractivo, una inteligencia viva, una gran facilidad de palabra, una amenidad superficial de relaciones, acabaron de causar ilusión sobre la solidez del carácter que debía encontrarse bajo aquellas felices apariencias. Sin embargo, apenas se puso en obra, entregado á sí mismo y dueño absoluto de sus acciones, cuando apareció un hombre muy diferente de aquel á quien se creyó poder confiar la tarea de fundar un imperio. Ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz del encadenamiento en las ideas como en la conducta, á la vez irresoluto y obstinado, pronto á las aficiones pasajeras, sin apegarse á nada ni á nadie, enamorado grandemente de todo cambio y aparato, con horror invencible á toda clase de molestias, inclinado á refugiarse en las pequeñeces para sustraerse á las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando á ella con igual inconciencia, no teniendo, por último, más experiencia y gusto de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstruir á México, era, bajo todos aspectos, diametralmente opuesto á lo que exigían el país y las circunstancias.

En la *enumeración* se mencionan cada una de las partes, cualidades ó circunstancias del objeto. Puede ser *simple* ó *compuesta;* ésta añade algo á cada una de las cualidades enumeradas, y toma entonces el nombre de *enumeración* con *distribución*.

Fray Francisco Osuna en su obra «De la Gracia», dice:

> Son nuestras obras, meritorias de gloria, no por sí mismas, sino por la gracia con que están señaladas. De donde, así como el dinero de bajo metal no valdría la cosa que dan por él, sino por el cuño que tiene, así nuestras obras principalmente valen por el cuño de la gracia, y no por sí mismas, porque son de muy bajo metal. Y aunque esta gracia sea una y la *mesma* con la caridad, según los que mejor sienten, empero, por los muchos efectos que obra en nuestra ánima, se compara en la Escritura á muchas cosas. Se llama espíritu nuevo, porque renueva el corazón del hombre; y fuego, porque gasta los pecados; y unción, que sana las llagas espirituales; y luz, que da claridad en el entendimiento; y virtud, que conforta nuestra flaqueza; y fuente, que mata la sed de nuestra alma; y hacha encendida, que nos inflama en el amor de Dios. Llámase paz, que aplaca y pone tranquilidad entre la sensualidad y la razón; y rayo muy claro, que infunde el sol de justicia en las tierras.

Prescott al describir la destrucción de Tenochtitlán por los españoles, enumera *distributivamente* los sucesos del combate en esta forma:

> Todo era estrépito y horrible confusión: los horrorosos aullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los castellanos, las quejas de los heridos, los lamentos de las mujeres, el llanto de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbar de las saetas, el sordo rechinar de los incendiados techos que se desplomaban, las densas columnas de humo y polvo que envolvían la población en tétrica obscuridad; todo esto formaba una escena espantable que aterró el animoso corazón de los conquistadores, habituados á los duros trances de la guerra, y á los horrores de la sangre y de la muerte.

II

143. A las *figuras lógicas* pertenecen las siguientes: La *antítesis*, en que se contraponen unas ideas á otras; por ejemplo:

> En lucha cuerpo y alma eternamente,
> de todas suertes el dolor me abruma;
> he de sufrir si la pasión domino,
> y si cedo, la pena es más aguda.
> Antes fiebre, después remordimiento:
> cambia la causa, y el efecto nunca;
> si vence el cuerpo, me atormenta el alma;
> si vence el alma, el cuerpo me tortura.

Luchar, siempre luchar... ¿Por qué, Dios mío,
no acaba en mí la perdurable lucha?
ó dame más virtud, y que me salve,
ó dame más pasión, y que sucumba.

C. NAVARRO Y RODRIGO.

La *concesión*, en que se admite sencilla ó artificiosamente alguna cosa, para combatirla luego con razones poderosas. Díaz Mirón, en su «Oda á Lord Byron», dice á éste:

¿Fuiste un loco?... Tal vez, ¡pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor, ni nada (1).

La *epifonema*, que es una especie de exclamación al final de un período, ó una reflexión sentenciosa sobre lo que se acaba de decir. Virgilio termina la enunciación del asunto de su «Eneida» con la exclamación:

¡Tantae ne animis celestibus irae!
(¡Cupo en celestes pechos furia tanta!)

Núñez de Arce hace una reflexión sentenciosa en los siguientes versos:

¡Ah! no es extraño que gima
de su angustia en el exceso,
como el titán bajo el peso
del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
su rencor vivo y profundo,
ni que se agite iracundo
con más ímpetu quizás:
porque á veces pesa más
un pensamiento que un mundo.

(1) Nótese que en este cuarteto la *locución «tal vez»*, no es signo de *dubitación* sino de *concesión*, tal como se comprende por el contexto de lo que sigue.

La *expolición* ó *amplificación*, que consiste en variar una misma idea, presentándola en sus diferentes aspectos, para dar mayor interés y novedad al asunto. Es un gran recurso oratorio, y como todas las formas del pensamiento, cuando es natural y oportuna suele ser de magnífico efecto. *¿Qué es el hombre*, dice un autor, *sino un vaso corrupción*, y una criatura *inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consecuencias ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado*, y, *finalmente, en todas sus cosas pequeño* y *en solo su estima grande?*

En la más alta poesía tiene aún su empleo oportuno:

. . . . . Mas llegado
yo al confín de la vida, el padre Jove
en adversa fortuna dolorosa
me acabará, después que por mis ojos
grandes y muchas desventuras vea:
muertos mis hijos con agudo hierro,
á esclavitud mis hijas reducidas,
arrastradas mis nueras por las manos
de los fieros Aquivos, de la torre
arrojados mis nietos, mis nupciales
tálamos profanados, y asolada
esta ciudad en general rüina.

HOMERO.—*Iliada.*

La *gradación*, en que se presenta una serie ordenada de ideas en progresión creciente ó decreciente, de modo que cada una diga algo más ó menos de la que le precede. Van en progresión creciente las ideas en los siguientes versos de Fr. Luis de León:

Acude, corre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminando el hierro insano.

Y, por el contrario, esta figura es decreciente en el soneto de la monja de México, citado ya en otra parte